

# *Implicaciones filosóficas de algunos recientes descubrimientos en torno al origen y a la naturaleza del lenguaje*

José Ignacio GALPARSORO

Recibido: 20 de noviembre de 2006

Aceptado: 13 de mayo de 2007

## **Resumen**

Frente a Descartes, y de acuerdo con autores como Nietzsche, Darwin o Chomsky, Pinker sostiene que el lenguaje es un instinto más de la naturaleza humana. Pero se separa de Chomsky al afirmar que el lenguaje es también el resultado del mecanismo de la selección natural. Recientes descubrimientos parecen respaldar la tesis de Pinker, en la medida en que se ha podido establecer una vinculación entre el gen FOXP2 y el lenguaje. La filosofía debería tomar buena nota de estos resultados, pues afectan de lleno al estatuto del *lógos*: en adelante, es posible, sin necesidad de recurrir a ninguna instancia trascendente, considerar al lenguaje como constitutivo de la singularidad humana con respecto a las demás especies y, al mismo tiempo, como un avatar más de la evolución del mundo natural.

*Palabras claves:* Lenguaje, gen, selección natural, Pinker, Nietzsche.

## **Abstract**

As opposed to Descartes, and in accordance with authors such as Nietzsche, Darwin or Chomsky, Pinker sustains that language is just another instinct of human nature. But he differs himself from Chomsky by affirming that language is also the result of the mechanism of natural selection. Recent discoveries seem to strengthen Pinker's thesis, in as far as it has been possible to establish a link between the FOXP2 gene and language. Philosophy should take good note of these results, as they fully affect the status of *lógos*: from now on, it is possible, without needing to resort to any type of transcendence, to consider language as constitutive of human

singularity regarding other species and, at the same times, as just another avatar in the evolution of the natural world.

*Key words:* Language, gene, natural selection, Pinker, Nietzsche.

## **1. Introducción: el carácter natural del lenguaje**

El del lenguaje es probablemente el tema que ha sido examinado con mayor profusión en las últimas décadas, ya sea en el ámbito de la llamada filosofía analítica –donde salta a la vista que el lenguaje es un tema de atención preferente–, ya sea en el ámbito de la llamada filosofía continental –donde autores tan importantes como Heidegger, Gadamer o Derrida, por citar sólo a unos pocos, tienen en el lenguaje a una de sus preocupaciones fundamentales.

Es fácilmente constatable que la variedad de interpretaciones es directamente proporcional al interés suscitado por el tema. Pero aquí no pretendemos tanto establecer un inventario sobre las diferentes interpretaciones del lenguaje cuanto abordar el problema del lenguaje atendiendo a las bases biológicas que posibilitan su formación. Este planteamiento no es ocioso, pues la cuestión del origen del lenguaje abordada en estos términos no puede ser considerada como una interpretación más del lenguaje, sino más bien como una cuestión previa con la que deben confrontarse las diferentes interpretaciones del lenguaje. Estas últimas, en efecto, no podrán hacer abstracción de la cuestión del origen del lenguaje y, en esta medida, no parece aventurado avanzar que la condición mínima para que las diferentes interpretaciones del lenguaje resulten plausibles es que no entren en contradicción con esa teoría que, a partir de mediados del siglo XIX, ha proporcionado la explicación más sólida del desarrollo de la naturaleza, incluyendo en ésta al hombre y a esas facultades u órganos que constituyen su especificidad. Me estoy refiriendo, claro está, a la teoría de la evolución de Darwin. Así, toda hipótesis explicativa del lenguaje debería ser compatible con el hecho de que todo órgano o facultad humana es un resultado de la selección natural. Como consecuencia de ello, ya no será legítimo reservar para el lenguaje una explicación de carácter “especial” (es decir, al margen de la explicación estrictamente naturalista) con respecto a la que se proporciona, en general, para el resto de los órganos naturales. La teoría de la evolución de Darwin cierra, pues, herméticamente las puertas a todas aquellas explicaciones del lenguaje de corte trascendente (i.e., extra-naturalistas o meta-físicas). Ahora bien, la referencia a Darwin no ha de hacer pensar que se esté defendiendo una explicación radicalmente “reduccionista” del lenguaje, pues en modo alguno se sostiene que el lenguaje haya de ser explicado en todas sus determinaciones en términos biológicos; lo que simplemente se afirma es que el ámbito del lenguaje no es

por completo ajeno a la biología y que, en esta medida, dejar de lado la consideración de su base biológica constituiría una grave deficiencia para cualquier intento de explicación.

Pero para aceptar la condición natural del lenguaje (o, si se quiere, para aceptar el hecho de que el lenguaje es un importante elemento de la naturaleza humana) es preciso, a su vez, que aquél que, según todos los indicios, es el único poseedor de tal facultad, a saber, el hombre<sup>1</sup>, sea susceptible de una explicación que no difiera de la proporcionada a propósito de las demás especies animales: el hombre es también resultado del mecanismo de la selección natural. En consecuencia, la explicación acerca del hombre deberá circunscribirse al ámbito de lo natural.

Como es sabido, el llegar a este resultado no ha sido una tarea fácil, pues a lo largo de la historia del pensamiento occidental ha tropezado con innumerables obstáculos. Todavía hoy cuesta admitir en ciertos sectores que aquello que se considera que es la facultad suprema del hombre, llámese espíritu, razón o mente, es susceptible de una explicación que no merece ningún trato de favor con respecto a otros órganos, ya sean en general animales o específicamente humanos. Si nos circunscribimos al terreno estrictamente filosófico (dejando, pues, de lado explicaciones provenientes de la tradición judeo-cristiana, muy vinculada, por lo demás, con algunas concepciones filosóficas), ya desde Platón<sup>2</sup> una parte del hombre (el alma) estaba separada de la materialidad corporal y, por tanto, no estaba sometida al general proceso de la generación y de la corrupción. El alma era un elemento inmaterial que sobrevivía a la muerte del cuerpo. Esta concepción dualista, que en Platón aparece de manera particularmente clara, ha ejercido una influencia decisiva en el posterior desarrollo de la filosofía hasta llegar a un autor que la apuntala muchos siglos después.

Es claro que Descartes, al proponer una separación radical entre la *res cogitans* y la *res extensa*, aboga por segregar una parte del hombre de la explicación mecánica que merece todo el resto de la naturaleza. Además, es conocido que uno de los argumentos utilizados por Descartes a favor de su explicación es de naturaleza lingüística, vinculando por tanto estrechamente el lenguaje con la *res cogitans*<sup>3</sup>. La

---

<sup>1</sup> Que el lenguaje sea una facultad exclusiva del hombre es una cuestión muy debatida. Para precisar los términos del debate puede resultar interesante la vía abierta recientemente por Marc D. Hauser, Noam Chomsky y W. Tecumseh Fitch (2002, pp. 1569-1579). Estos autores establecen una distinción entre la "Facultad del lenguaje en sentido amplio" (*FLB, Faculty of language in the broad sense*) y la "Facultad del lenguaje en sentido reducido" (*FLN, Faculty of language in the narrow sense*). *FLB* incluye un sistema sensomotor, un sistema conceptual-intencional y los mecanismos computacionales para la recursión. Estos mecanismos cognitivos y perceptivos serían compartidos por el hombre con otras especies animales. En cambio, *FLN* y, en particular, la capacidad para la "infinitud discreta", sería exclusivamente humana.

<sup>2</sup> Cf. *Fedón*, 65c-sq.

<sup>3</sup> Cf. *Discurso del método*, 5ª parte.

posición de Descartes no ha dejado indiferentes al resto de los pensadores, hasta llegar a nuestros días. Así, autores como Ryle<sup>4</sup>, Damasio<sup>5</sup>, Dennett<sup>6</sup> o Pinker<sup>7</sup>, por citar sólo a algunos de entre nuestros contemporáneos, se muestran radicalmente críticos con Descartes<sup>8</sup>. Incluso un pensador poco sospechoso de anticartesianismo como Chomsky no puede admitir los presupuestos dualistas de Descartes<sup>9</sup>.

## 2. La semilla darwiniana: Nietzsche y Pinker

Sin embargo, no es correcto considerar que estas críticas lanzadas a Descartes surjan exclusivamente en las últimas décadas, pues el terreno para las mismas había sido ya preparado anteriormente por otros autores. La semilla sembrada por Darwin a mediados del siglo XIX no tardó en dar sus frutos. En efecto, pocos años después de la publicación de *El origen de las especies*, un autor que ni siquiera había leído esta obra, que sólo tenía de ella noticias de segunda mano y que en ocasiones se muestra crítico con Darwin (atribuyéndole ideas que no eran suyas, sino más bien de otros autores como Spencer), supo, no obstante, extraer una serie de consecuencias filosóficas que afectan de lleno al tratamiento del problema del hombre. Me

<sup>4</sup> Es célebre la crítica de G. Ryle a Descartes en su obra *The concept of mind*, (Ryle 1949).

<sup>5</sup> Descartes es el blanco de la crítica de A.R. Damasio en su obra *Descartes' error: Emotion, reason, and the human brain*, (Damasio 1994).

<sup>6</sup> Daniel Dennett se refiere críticamente a Descartes en términos que son similares a los presentados por Nietzsche. (Cf. Dennett 1999, pp. 609-610).

<sup>7</sup> Steven Pinker, siguiendo a Ryle, se refiere a Descartes (cf. Pinker 2003b, 30-sq) como el pensador que sostenía la tesis del "Fantasma en la máquina", la cual, junto a la doctrina de la Tabla Rasa y la idea del Buen Salvaje, constituye lo que Pinker denomina "La santísima Trinidad", es decir, el último obstáculo que se erige para negar la existencia de una naturaleza humana.

<sup>8</sup> No debe interpretarse la crítica feroz de autores cercanos a las ciencias biológicas a Descartes como un desprecio hacia la filosofía en general o hacia la filosofía moderna en particular. Algunos autores han señalado que el contrapunto de Descartes es Spinoza (Cf., por ejemplo A.R. Damasio 2003) a quien algún importante autor ha llegado a calificar como "el precursor de la biología contemporánea" (Cf. Henri Atlan, entrevista en *Le Nouvel Observateur*, nº 2064 [27 de mayo-2 de junio 2004], p. 104). Atlan se expresa en estos términos: "En efecto, Spinoza me parece que es el precursor de la biología contemporánea. No sólo propone un monismo radical del cuerpo y de la mente, sino que lleva este monismo muy lejos, con consecuencias que pueden parecer sorprendentes. Por ejemplo, para él, no puede haber un efecto de la mente sobre el cuerpo ni del cuerpo sobre la mente. ¿Por qué? No, como en Descartes, porque son sustancias diferentes, sino precisamente porque se trata de la *misma cosa*, vista bajo dos aspectos diferentes. En toda lógica, uno no puede ser la causa del otro. Puedo decidir levantar le brazo, ¡pero mi decisión no es la causa de mi gesto!".

<sup>9</sup> Así, Chomsky se desmarca de Descartes afirmando, frente a éste, lo siguiente: "Nosotros no pensamos que estamos investigando [con el tema del lenguaje o con el más amplio de la mente] las propiedades de una 'segunda sustancia' [i. e., la '*res cogitans*'], algo esencialmente distinto del cuerpo y que actúa en reciprocidad con éste de manera misteriosa, quizás mediante intervención divina" (Chomsky 1989, 117).

estoy refiriendo a F. Nietzsche, autor cuya presencia entre los autores más recientes citados anteriormente podría causar sorpresa entre quienes consideran que está alejado de preocupaciones científicas. Sin embargo, esta extrañeza es desmentida por el propio Nietzsche cuando afirma (refiriéndose en un texto autobiográfico escrito al final de su vida lúcida a un momento crucial en la evolución de su pensamiento situado en la publicación de *Humano, demasiado humano*) que “a partir de ese momento no he cultivado de hecho nada más que fisiología, medicina y ciencias naturales”<sup>10</sup>. De estas palabras (y de otros textos que aquí no podemos esgrimir) se deduce que, según Nietzsche, una filosofía que no tenga en cuenta los resultados a los que llega la ciencia natural está irremediablemente coja. Es más, para Nietzsche, una filosofía que no tuviera en cuenta estos resultados caería en la trampa de la metafísica, pues proporcionaría una explicación de determinados ámbitos que se situaría al margen de la explicación estrictamente naturalista, es decir, física.

Es curioso observar cómo muchas de las objeciones dirigidas a Descartes por los autores contemporáneos citados anteriormente coinciden por completo con las expuestas por Nietzsche. Sin entrar en detalles<sup>11</sup>, tan sólo me referiré a un texto de Nietzsche, el de *Anticristo*, § 14. Aquí, Nietzsche elogia a Descartes por haber emprendido el difícil camino de proporcionar una explicación de los diferentes órganos de los animales en términos mecánicos. Pero le reprocha el no haber sido lo suficientemente radical con sus propios presupuestos: Descartes habría tenido que incluir en esta explicación al hombre y a sus llamadas facultades superiores.

Tampoco me quiero extender sobre los detalles de la explicación de Nietzsche en torno al hombre y, en concreto, a eso que en este contexto él denomina “razón” y que no es otra cosa que sus supuestas “facultades superiores”. Algunas de estas explicaciones son también perfectamente compatibles con las proporcionadas por autores más cercanos a nosotros en el tiempo. Otras ponen de manifiesto que Nietzsche no poseía unas herramientas conceptuales adecuadas para abordar las diferentes cuestiones, lo cual es normal, si tenemos en cuenta los avances que las diferentes disciplinas que tienen como objetivo el tratamiento de eso que se conoce como “mente humana” han experimentado en las últimas décadas<sup>12</sup>. Por ello, me

---

<sup>10</sup> F. Nietzsche, *Ecce homo*, “Humano, demasiado humano”, § 3, trad. esp. A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1982.

<sup>11</sup> El tema de la crítica nietzscheana a Descartes fue abordado con mayor detalle en Galparsoro 2001.

<sup>12</sup> Es claro que hoy en día conceptos como el de “voluntad de poder” resultan cuanto menos poco precisos para proporcionar una explicación del funcionamiento de la naturaleza. Pero quizás resulte más interesante subrayar el hecho de que Nietzsche, mediante la introducción de esta noción, intentó proporcionar una explicación universal de la naturaleza sin recurrir a ningún elemento situado al margen de la naturaleza. Esta es la tesis que sostengo en J. I. Galparsoro 1995. Por lo tanto, no puedo estar de acuerdo en este punto con D. Dennett cuando afirma que “La idea de Nietzsche de la voluntad de poder es una de las más extrañas encarnaciones de la pasión por los ganchos celestes” (Dennett 1999,

referiré en lo que sigue a autores que hoy trabajan sobre estas cuestiones y que disponen de unas herramientas de las que Nietzsche carecía. Uno de ellos es Steven Pinker, quien no cita a Nietzsche con gran profusión (en la mayoría de las ocasiones lo hace de pasada) y, cuando se refiere a él, no es siempre de manera elogiosa. Pero lo importante aquí no es discutir si estas escasas referencias a Nietzsche expresan correctamente el pensamiento de este autor o no<sup>13</sup>. Más interesante es señalar algunos fundamentales puntos de encuentro entre ambos autores, como, por ejemplo, la necesidad (a la que los dos se refieren) de superar ciertas barreras o muros. En efecto, Nietzsche afirma: “La tendencia a conocer en su totalidad los resultados de la evolución histórica<sup>14</sup> [...] acentúa cada vez más la oposición entre los tiempos modernos y todas las épocas anteriores y [...] ha roto por vez primera los viejos muros entre naturaleza y espíritu, hombre y animal, moral y física”<sup>15</sup>. Así pues, una explicación de orden naturalista que no necesita recurrir a hipótesis teológicas o trascendentes para explicar el mundo, como lo es la teoría de la evolución, proporciona los instrumentos para criticar la concepción dualista que ha dominado en la metafísica. Para Nietzsche, el afirmar la existencia de una barrera entre el hombre y la naturaleza –es decir, el afirmar un salto de esferas, una discontinuidad entre estos dos dominios– no es sino un prejuicio. Quienes levantan este muro, lo hacen para subrayar la diferencia entre el hombre y la naturaleza y, de paso, reclamar para el hombre un estatuto especial. Se afirma con ello una superioridad del hombre con

---

777). Creo más bien que, en términos dennettianos, la noción nietzscheana de “voluntad de poder” es una “grúa” (i.e., una explicación naturalista) y no un “gancho celeste” (i.e., una explicación metafísica).

<sup>13</sup> Una de las tesis fundamentales de su obra *La tabla rasa* es que la negación de que la mente humana sea una *tabula rasa* no traerá consigo la desaparición de la moral. Pinker expresa esta idea en una frase en la que alude a Nietzsche: “Las ciencias no conducirán al eclipse total nietzscheano de todos los valores” (Pinker, 2003b, 213). Independientemente de cualquier consideración en torno a la conveniencia de traducir el término alemán “Umwerthung” por “eclipse” (parece más correcto traducirlo, según las enseñanzas de Andrés Sánchez Pascual, por “transvaloración”), Pinker malinterpreta a Nietzsche cuando le atribuye la concepción según la cual el descubrimiento, por parte de la ciencia, de la naturaleza humana traería como consecuencia la destrucción de toda moral. Pues lo que Nietzsche en realidad afirma es que el conocimiento de la naturaleza humana traerá consigo únicamente el derrumbamiento de esa moral (la moral cristiana) que no puede soportar el hecho de que el hombre tenga una naturaleza humana. Es decir, que, en términos pinkerianos, lo que se derrumbará será la moral de la tabla rasa. Y Nietzsche precisa que tras esta construcción no quedará el desierto. Sólo entonces se darán las condiciones para construir morales (en plural) acordes a la naturaleza humana, es decir, acordes con la condición del hombre de ser natural. Así pues, esta moral naturalizada a la que en ocasiones alude Nietzsche es compatible con las consideraciones efectuadas por Pinker a propósito de una “sensibilidad moral [que] se ajustará a los hechos biológicos” (Pinker, 2003, 213). En este punto, Pinker tendría que haber considerado a Nietzsche como un aliado y no como un adversario.

<sup>14</sup> Aquí, hay que comprender «evolución histórica» en un sentido amplio. No se trata de la historia de la humanidad, sino de la historia del mundo, historia que es explicada por la teoría de la evolución.

<sup>15</sup> F. Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, II, 1, §185.

respecto a la naturaleza. Pinker, por su parte, también subraya la necesidad de derribar el muro erigido por quienes defienden la hipótesis de la tabla rasa, es decir, por quienes niegan la existencia de una naturaleza humana. Y lo hace en términos muy parecidos a los utilizados por Nietzsche en el texto que acabamos de citar:

Todo esto deja en pie un muro en el paisaje del conocimiento: el que los científicos sociales del siglo XX custodiaban con tanto celo. Es el que divide la materia de la mente, lo material de lo espiritual, lo físico y lo mental, la biología de la cultura, la naturaleza de la sociedad y las ciencias de las ciencias sociales, las humanidades y las artes (Pinker 2003b, 60)<sup>16</sup>.

Una vez derribados estos muros, tanto Pinker como Nietzsche señalan la conveniencia de abordar el problema de la especificidad de la especie humana en los términos que la cuestión merece: nos debería entonces resultar tan poco plausible el que la mosca se considere a sí misma “el centro volante de este mundo”<sup>17</sup>, o el que unos hipotéticos elefantes dedicados a la biología –“obsesionados por el carácter único de la trompa en el reino animal” (Pinker 1994, 364)– proporcionen una descripción de la naturaleza configurada en torno a la singularidad de este órgano para poder explicar su origen, como el reservar para esa parte del hombre que llamamos espíritu o mente un nicho epistémico dotado con una leyes diferentes a las del resto de los procesos que se dan en la naturaleza. Consciente de la insostenibilidad de una posición antropocéntrica, el hombre deberá aplicar para el estudio de sí mismo una virtud a la vez costosa de mantener y necesaria, a saber: la “modestia”<sup>18</sup>.

Las explicaciones de Nietzsche acerca de la necesidad de naturalizar al hombre –y de superar, como consecuencia de ello, las barreras dualistas– se centran en cuestiones relativas a la “razón” humana. Hay muy pocas referencias en torno a un tratamiento del lenguaje desde una óptica genética o biológica. Sus consideraciones se refieren más bien al surgimiento social del lenguaje, siempre supeditado a un proceso relativo a la supervivencia de la especie<sup>19</sup>. Pero hoy autores como S. Pinker disponen de unas herramientas, fruto de investigaciones provenientes de diferentes especialidades científicas, de las que Nietzsche carecía para abordar el problema del lenguaje desde una perspectiva naturalista.

---

<sup>16</sup> D. Dennett también habla de “barreras” y de “muros de contención” que construyen los opositores a Darwin. (Cf. Dennet 1999, 93).

<sup>17</sup> F. Nietzsche, “Über Wahrheit und Lüge im aussermoralischen Sinne”, in *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe*, Walter de Gruyter, Berlin/New York, 1967-1977, I, p. 875”.

<sup>18</sup> Nietzsche se refiere en varias ocasiones a que el hombre ha de mantener una actitud modesta para consigo mismo. Cf. por ejemplo, *Humano, demasiado humano*, I, § 2. El neurobiólogo A. Damasio también subraya que hay que reconocer los “humildes orígenes” del espíritu (Cf. Damasio 1994).

<sup>19</sup> Cf. *La gaya ciencia*, § 354.

Pinker insiste en señalar las resistencias, provenientes en ocasiones de los lugares más dispares, para con los intentos de considerar el lenguaje desde un enfoque biológico. Todo lo que, de cerca o de lejos, huele a “biología” o a “genética” en relación con esos elementos que constituyen la especificidad del hombre es casi automáticamente demonizado por algunos: por parte de la “izquierda”, los científicos que estudiaban la mente humana en un contexto biológico “eran considerados herramientas de la clase dirigente reaccionaria” (Pinker 2003b, 169) y se sostenía que el tratamiento del hombre desde este punto de vista favorecería la aparición del racismo, la tortura, etc.; por parte de la “derecha” más conservadora, no se trata sólo de que la teoría de la evolución cuestione la verdad literal bíblica de la historia de la creación, sino que “temen que si los humanos son productos accidentales de la mutación y la selección de replicadores químicos, la moral se queda sin base alguna y nos veríamos abocados a obedecer ciegamente los impulsos biológicos” (Pinker 2003b, 200). Los ataques provenientes de posiciones tanto “progresistas” como “conservadoras” son un síntoma de que esta perspectiva es molesta, pues estremece las profundas convicciones (o prejuicios) de muchas personas. Del mismo modo, es significativo que, a lo largo de la historia de las interpretaciones de Nietzsche, este autor haya sido vilipendiado tanto por los más radicales izquierdistas como por los más cerriles conservadores. Para algunos, Nietzsche habría sido un antecedente del nazismo, mientras que para otros es el asesino de Dios, el defensor de la desaparición de la moral y, por tanto, la encarnación del mismísimo diablo. Y si, además, vinculamos a Nietzsche con cuestiones que tienen que ver con la biología, la mezcla puede resultar verdaderamente explosiva para algunos: el ideólogo del nazismo habría entrado en contacto con doctrinas biológicas que favorecerían el racismo o la eugenesia. Sin embargo, no hay que dejarse amilanar por estos prejuicios y no hay que abandonar la senda que contribuye a arrojar alguna luz sobre lo que nosotros mismos somos. Si, afortunadamente, cada vez son más los estudios sobre Nietzsche que se atreven a abordar estas cuestiones<sup>20</sup>, tampoco hay que dejar de lado el análisis de esos autores que, como Pinker, han podido tomar el relevo de Nietzsche.

### 3. El papel de la selección natural en la evolución del lenguaje

#### 3.1.- La concepción pinkeriana del lenguaje

El título de la principal obra de Pinker dedicada al problema del lenguaje, *El*

---

<sup>20</sup> Sin ánimo de pretender ser exhaustivos, he aquí algunos ejemplos de trabajos que abordan la vinculación de Nietzsche con la biología: Stiegler 2001; Andler 1958 (I, pp. 464-475; II, pp. 525-537; III, pp. 446-451); Richter 1911; Haas 1932; Henke 1984; Stegmaier, 1987; Smith, 1987.



*instinto del lenguaje*, denota ya claramente cuál es la posición del autor: el lenguaje es un instinto más que posee el hombre y, en esta medida, pertenece a la naturaleza humana. Pinker reconoce que la consideración del lenguaje como un instinto tiene dos ilustres antecedentes: por una parte Darwin<sup>21</sup> y, por otra, Chomsky<sup>22</sup>. Precisamente, a propósito de este último, Pinker reconoce también que, más en general, su posición a propósito del lenguaje es deudora de la concepción de Chomsky, de quien acepta gran parte (aunque no todas, como veremos más tarde) de sus tesis. Pinker resume de la siguiente manera la concepción chomskyana del lenguaje por él aceptada:

Chomsky llamó la atención hacia dos hechos fundamentales del lenguaje. En primer lugar, prácticamente toda oración que una persona profiere o entiende es una combinación inédita de palabras que aparece por primera vez en la historia del universo. Por consiguiente, una lengua no puede ser un repertorio de respuestas; el cerebro debe tener una receta o un programa que le permita construir un conjunto ilimitado de oraciones a partir de una lista finita de palabras. A ese programa se le puede llamar gramática mental [...]. El segundo hecho fundamental es que los niños desarrollan estas complejas gramáticas con gran rapidez y sin instrucción formal, hasta que son capaces de dar una interpretación consistente a frases con construcciones nuevas que jamás han oído anteriormente. Así pues, razonaba Chomsky, los niños tienen que estar equipados de nacimiento con un plan común a las gramáticas de todas las lenguas, una Gramática Universal que les diga cómo destilar las pautas sintácticas del habla de sus padres (Pinker 1994, 22)

Si esto es así, Chomsky no ve ninguna razón que impidiera estudiar la adquisición de “una estructura cognitiva como el lenguaje más o menos de la misma manera como estudiamos un órgano corporal complejo” (Chomsky 1979, 20)<sup>23</sup>.

En lo expuesto hasta ahora, el acuerdo de Pinker con Chomsky es total. No obstante, Pinker se separa de Chomsky en un aspecto de capital importancia:

Chomsky ha dejado perplejos a muchos lectores con su escepticismo hacia la posibilidad de que la doctrina darwiniana de la selección natural (frente a otros procesos evolutivos) pueda explicar los orígenes del órgano del lenguaje que él defiende. Yo, en cambio, considero que es fructífero considerar el lenguaje como una adaptación evolutiva, al igual que sucede con el ojo humano, cuyas partes principales están diseñadas para desempeñar importantes funciones (Pinker 1994, 24)

---

<sup>21</sup> Pinker, afirma que “la concepción del lenguaje como una clase de instinto fue expresada por primera vez por el propio Darwin en 1871 [en *El origen del hombre*]” (Pinker 1994, 20).

<sup>22</sup> Cf. Pinker 1994, 22: “En este siglo, la argumentación más conocida de que el lenguaje es como un instinto se debe a Noam Chomsky”.

<sup>23</sup> Tomado de Pinker 1994, 23.

O, en otro texto:

Chomsky y sus más feroces críticos coinciden en una sola cosa: que un instinto del lenguaje exclusivo de la especie humana resulta incompatible con la moderna teoría evolucionista darwiniana, según la cual los sistemas biológicos complejos surgen como resultado de una acumulación gradual a través de generaciones de mutaciones genéticas azarosas que incrementan la probabilidad de reproducción (Pinker 1994, 364)

Las reticencias de Chomsky a la hora de admitir que, en su origen, el lenguaje es también el resultado del mecanismo de la selección natural son, según Pinker, una ejemplificación de lo que quizás constituya el último obstáculo que se erige en el camino de la naturalización del hombre. Es muy probable que este obstáculo sea colocado con el fin de salvaguardar la especificidad del hombre frente al resto de los seres vivos. No obstante, la constatación de tal especificidad no es un argumento suficiente como para reservar a aquello que la especie humana tiene de específico una explicación que escapa del mecanismo general de la selección natural. Así, Pinker, tras constatar que el fracaso de los intentos realizados para enseñar algún tipo de lenguaje humano a los simios pone de manifiesto que el lenguaje es un rasgo específicamente humano, afirma claramente que ello no afecta para nada a la consideración del lenguaje como un resultado del mecanismo general de la selección natural:

Si, tal y como parece, el lenguaje humano es único en el panorama actual, las implicaciones de cara a la explicación darwiniana de su evolución serían nulas. Un instinto del lenguaje exclusivo de la especie humana no plantea una paradoja mayor que la existencia de una trompa exclusiva del elefante. No hay contradicción, no hay Creador, no hay 'Big Bang' (Pinker 1994, 374).

Con la referencia a un supuesto "Big Bang" relativo al surgimiento del lenguaje, Pinker aborda la cuestión de la plausibilidad de las hipótesis discontinuistas presentadas por algunos autores, para quienes la aparición del lenguaje no sería la consecuencia de un cambio gradual, sino algo así como un fogonazo o una explosión de efectos inmediatos. Pinker critica estas hipótesis, señalando que es probable que éstas entiendan el mecanismo de la evolución de una manera equivocada, presentándolo como una escalera y no, como sería la forma adecuada de entenderlo, como un arbusto (Cf. Pinker 1994, 376),

De este modo, comprenderemos que los actuales chimpancés se encuentran en una subrama separada de la nuestra, y que no son nuestros ancestros: hombres y chimpancés descendemos de un antepasado común, ya extinguido<sup>24</sup>. Precisamente, la hipótesis que sostiene Pinker a propósito del lenguaje es que

---

<sup>24</sup> Y si nos remontamos atrás en el tiempo, la teoría de la evolución nos muestra que todos los seres vivos proceden de un ancestro común. Un reciente libro de Richard Dawkins muestra precisa-

... las primeras formas de lenguaje pudieron aparecer [...] una vez que la rama que conduce hasta la especie humana se separó de la que conduce hasta los chimpancés. El resultado de ello sería que los chimpancés no tendrían lenguaje, y que habría habido un período entre cinco y siete millones de años en el que el lenguaje habría evolucionado gradualmente (Pinker 1994, 377).

El problema de la especificidad del lenguaje en el hombre puede ser resuelto recurriendo a la noción de “homología” forjada por la biología. Frente a los rasgos llamados “análogos” –que cumplen una función común, pese a que cada uno de ellos obedezca a un origen evolutivo distinto e independiente (por ejemplo, las alas de las aves y las alas de los insectos)–, los rasgos llamados “homólogos” “pueden o no cumplir una misma función, si bien descienden de un antepasado común y, por consiguiente, presentan una estructura similar que revela que se trata de ‘un mismo’ órgano” (Pinker 1994, 381) (por ejemplo, el ala de un murciélago, la pata delantera de un caballo, las aletas frontales de una foca, la garra de un topo y la mano de un hombre). En base a esto, Pinker plantea el problema en los siguientes términos: “La pregunta clave es si el lenguaje humano es homólogo (en términos biológicos, ‘el mismo órgano’) a cualquier otro rasgo del reino animal” (Pinker 1994, 381). La respuesta que él proporciona a la pregunta es clara: no. Como mucho, podrá decirse que hay analogía entre ciertas capacidades vocales de los loros, comunicativas de los delfines o, incluso, entre el sistema de símbolos que un chimpancé pueda aprender y el lenguaje humano. Pero en ningún caso se podrá hablar de homología, es decir de un “legado procedente de un hipotético antepasado común” (Pinker 1994, 382).

El que se podría denominar “módulo del lenguaje” o “módulo de la gramática” es específicamente humano y es “nuevo” en el sentido de que su aparición se produjo “después de que la rama de la que procede la especie humana se separara de la rama de la que desciende el chimpancé” (Pinker 1994, 382). Al igual que la evolución produjo órganos como los brazos, las piernas, los ojos, el corazón, el hígado, etc., no hay ninguna razón para excluir el que pudiera producir el órgano o módulo del lenguaje, en la medida en que la selección natural puede “formar poco a poco nuevos módulos a partir de elementos anatómicos no descritos previamente o de los intersticios que quedan entre módulos ya constituidos” (Pinker 1994, 383). Así, el ojo o la trompa del elefante son ejemplos de nuevos módulos cuyo surgimiento queda bien explicado por el mecanismo de la selección natural. Y este mismo mecanismo es el que proporciona una explicación plausible para el surgimiento del lenguaje.

La cuestión de la reconstrucción precisa de la historia del lenguaje sólo se podrá completar cuando se dispongan de más datos. Y ésta será una cuestión de detalle mente la evolución de la vida mediante un relato en el que, yendo hacia atrás en el tiempo, todas las especies acaban por encontrar su antepasado común. (Cf. Dawkins 2004).

que probablemente no tenga excesivas repercusiones filosóficas. En cambio, donde sí se dilucida una cuestión filosófica de capital importancia es en el problema que tiene que ver no ya con el examen del dónde y el cómo del origen del lenguaje, sino con la pregunta relativa al porqué, es decir, con la cuestión relativa al mecanismo que explica su surgimiento. Pinker señala al respecto que

Darwin argumentaba vehementemente que su teoría de la selección natural servía para dar cuenta de la evolución tanto de los instintos como de los organismos. Si el lenguaje es como cualquier otro instinto, es de suponer que evolucionó por selección natural, dado que ésta es la única explicación científica del origen de los rasgos biológicos complejos (Pinker 1994, 389).

### 3.2. Objeciones a Chomsky

La posición de Darwin, respaldada entre otros muchos por el propio Pinker, parece la más razonable; en todo caso, las alternativas no son muchas. Y, a pesar de ello, no hay unanimidad a la hora de seguir a Darwin; hay excepciones y, además, excepciones que tienen un gran peso. Tal vez la más sobresaliente de entre ellas sea la de Chomsky. Según Pinker, a pesar de que en algunos textos parece inclinado a seguir a Darwin, Chomsky “generalmente se muestra escéptico” (Pinker 1994, 389)<sup>25</sup>. Ahora bien, este escepticismo mostrado por Chomsky no significa que éste abrace posiciones de tipo creacionista. Lo que Chomsky se inclina a negar es que el mecanismo de la selección natural haya jugado un papel determinante en la evolución del lenguaje, proponiendo una explicación alternativa. En su discusión de la posición chomskyana, Pinker admite que “los partidarios más sensatos de la teoría evolucionista de Darwin han insistido en que no todos los rasgos beneficiosos para un organismo son adaptaciones que deban ser explicadas por selección natural” (Pinker 1994, 393). Y propone varios ejemplos para ilustrar su afirmación (Pinker 1994, 393). Por su parte, algunos autores como el paleontólogo Stephen Jay Gould o el genetista Richard Lewontin han acusado a los biólogos precisamente “de poner demasiado énfasis en la selección natural y de ignorar estas fuerzas alternativas” (Pinker 1994, 394). Precisamente, parte de los argumentos de Chomsky a propósito de la insuficiencia del mecanismo de la selección natural para explicar el origen del lenguaje humano se inspiran en las tesis de estos dos autores<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> Pinker presenta una serie de textos de Chomsky en los que, en efecto, éste viene a indicar que la teoría de la evolución tiene poco que decir sobre la evolución del lenguaje (cf. Pinker 1994, pp. 389-390).

<sup>26</sup> Recientemente, en un artículo escrito conjuntamente con otros dos autores, Chomsky experimenta un interés sobre la cuestión de la evolución del lenguaje (cf. Hauser, Chomsky & Fitch 2002). Los autores utilizan el método comparativo entre el hombre y otras especies no humanas para abordar

Otro autor, con el que Pinker tiende a estar de acuerdo, Daniel C. Dennett, también ha subrayado esta alianza entre Gould y Chomsky<sup>27</sup>. Tanto Pinker como Dennett coinciden al presentar el punto clave en el que Gould y Chomsky se alían con el fin de restar importancia al proceso de selección natural, a saber: la cuestión del diseño de la evolución.

Según Dennett, Chomsky se habría separado de la posición darwiniana porque considerar el problema de la mente desde una perspectiva “ingenieril” le parecía una aberración. En otras palabras, Chomsky habría considerado que el surgimiento de la mente humana (y, con ella, el de las estructuras innatas del lenguaje) no podían explicarse en términos de diseño determinado por la selección natural<sup>28</sup>. En esta medida, según Dennett, Chomsky (a quien Dennett reconoce el importantísimo mérito de haber descubierto que la competencia del lenguaje es innata y no algo que el niño pudiera aprender) no dio el paso de comprender que la responsabilidad de abordar el problema del origen de las competencias lingüísticas estaba en manos de la biología evolucionista (Dennett 1999, 641). La solución, según Chomsky, tendría que venir de otra parte: de la física y no de la biología.

Según Dennett, la obstinación por parte de Chomsky de no admitir una explicación darwinista (i. e., basada en el mecanismo de la selección natural<sup>29</sup>) es síntoma de que se niega a considerar la estructura abstracta del lenguaje como una “grúa” (en otros términos, como un órgano susceptible de recibir una explicación naturalista) y prefiere plantear la cuestión en términos de “ganchos celestes” (en otros términos, como algo que merece una explicación de corte metafísico, es decir, sin anclaje en la realidad natural)<sup>30</sup>. Así, el “gancho celeste” sería una “excepción al principio de que todo diseño es el resultado de una actividad mecánica y sin motivo”. Por su parte, una “grúa” tiene que ver con el diseño (Dennett 1999, pp 114-115). Quienes, como Chomsky, tienen una tendencia a explicar el surgimiento de órganos como el lenguaje a partir de ganchos celestes, lo hacen para subrayar el

la cuestión de la evolución del lenguaje. No obstante, –y siguiendo a Gould, en la medida en que introducen un término acuñado por éste– sostienen que algunos aspectos específicos del lenguaje no serían “productos finales de una historia de selección natural, sino ‘pechinas’ (*spandrels*) [i. e., no adaptaciones]” (Ibid., p. 1574). Dennett criticará este concepto acuñado por Gould. (Dennett, 1999, 438-sq).

<sup>27</sup> Cf. las interesantes páginas que Dennett dedica a Chomsky en el 2º apartado del capítulo 13 titulado “Chomsky contra Darwin: cuatro Episodios” (Dennett 1999, pp. 633-650).

<sup>28</sup> Hay que realizar esta importante puntualización: cuando Dennett, y también Pinker, hablan de “diseño” no hay que pensar que estén defendiendo una concepción teleológica de la naturaleza. Dennett y Pinker se refieren siempre a ingeniería *revertida*, es decir, a un diseño que sólo puede ser advertido retrospectivamente.

<sup>29</sup> Para Dennett, ésta fue la idea de Darwin, idea que se convirtió una vez formulada, tal y como indica el título de su obra, en una “idea peligrosa” porque ponía radicalmente en cuestión el papel protagonista que el hombre se había otorgado a sí mismo con respecto al resto de los seres naturales.

<sup>30</sup> Sobre la distinción que Dennett propone entre “grúas” y “ganchos celestes”, cf. Dennett 1999, pp. 11-sq.

hecho de que la excepcionalidad de la especie *homo sapiens* merece que se proporcione una explicación especial para aquellos órganos que son los responsables de tal excepcionalidad.

Como ya queda dicho, Pinker se niega precisamente a proporcionar una explicación especial para aquellos órganos humanos (como el del lenguaje) que son los que proporcionan la especificidad del hombre. Al igual que Dennett, Pinker afirma que la estrategia correcta para abordar el problema del origen del lenguaje en conformidad con el mecanismo de la selección natural es hacerlo en términos de diseño<sup>31</sup>.

Según Pinker, la explicación de la formación del órgano del lenguaje no debería diferir en su mecanismo de la dada a propósito de la formación de un órgano como el ojo. En ambos casos, se trata de órganos que parecen especialmente diseñados para ejecutar una determinada función: comunicarse o ver, respectivamente. En el caso del ojo, los elementos que se combinan para formarlo parecen haber sido organizados con el propósito de ver. Pero la responsabilidad de esta organización no debe ser atribuida a Dios, sino a la selección natural.

Y, según él, el problema del lenguaje puede recibir una respuesta en los mismos términos que el del ojo, a saber, en términos de selección natural, excluyendo por tanto otro tipo de soluciones como, por ejemplo, la propuesta por Chomsky quien “menciona una y otra vez [...] las leyes de la física” (Pinker 1994, 397). Chomsky habría sugerido que el tamaño del cerebro humano sería quien habría posibilitado, mediante la aplicación de unas desconocidas leyes físicas, el desarrollo de los circuitos necesarios para el funcionamiento de la gramática universal (Pinker 1994, 388). Pinker califica esta posibilidad defendida por Chomsky de “descabellada” (Pinker 1994, 388) porque no hay ninguna razón para derivar el lenguaje de un cerebro grande. El tamaño y la forma de éste es irrelevante para explicar el surgimiento del lenguaje. Más bien parece que el factor responsable del lenguaje es la estructuración de los microcircuitos del cerebro, a partir de un paciente proceso de selección natural en el que se acumulan a lo largo de generaciones pequeños cambios producidos por el azar.

El instinto del lenguaje sería también una consecuencia de un diseño ejecutado por la selección natural, cuyo resultado fue el surgimiento de un órgano que proporcionaba ventajas para la supervivencia de quien lo poseyera<sup>32</sup>. El lenguaje es, pues, una capacidad innata, compleja y útil que surgió como resultado de la única fuerza

---

<sup>31</sup> Un autor que ha abordado el problema del diseño de los organismos en términos compatibles con la selección natural, y con quien Dennett y Pinker se muestran de acuerdo, es Richard Dawkins en su obra *El relojero ciego*. (Cf. Dawkins 1986).

<sup>32</sup> Más recientemente, Pinker continúa manteniendo la tesis de la centralidad del mecanismo de la selección natural en la evolución del lenguaje. Cf. Pinker 2003a, especialmente apartado 2.3.2.: “Did Language Evolve by Means Other Than Natural Selection?”.

de la naturaleza capaz de hacer innatas las cosas que son útiles y complejas, a saber la selección natural. Por ello, la explicación del surgimiento del instinto del lenguaje no merece un trato de favor con respecto a la explicación del surgimiento de los rasgos específicos de otras especies. Dado que, ontológicamente, el lenguaje es un órgano más que surgió a partir de un proceso estrictamente natural, no hay ningún motivo para reservar, epistemológicamente, un *status* explicativo diferente al del resto de los órganos naturales.

#### 4. Las bases genéticas del lenguaje

Habiendo conseguido mostrar que es plausible abordar el problema del lenguaje a partir de la selección natural hemos ya recorrido un importante trecho del camino que conduce a la naturalización del lenguaje, camino que pasa inevitablemente por abordar la cuestión de las bases genéticas del lenguaje. Pinker plantea este extremo de forma clara:

Si realmente existe un instinto del lenguaje, debe de estar radicado en alguna parte del cerebro, y los circuitos en los que se asienta han tenido que recibir sus capacidades de los genes responsables de su existencia (Pinker 1994, 327)<sup>33</sup>.

No obstante, inmediatamente después, Pinker señala las enormes dificultades “para demostrar la existencia de unos genes responsables de que haya regiones del cerebro que controlan la gramática” (Pinker 1994, 327). Estas dificultades provienen de las comprensibles limitaciones en la experimentación del cerebro humano y de los todavía incipientes conocimientos sobre el genoma humano. A pesar de estas dificultades, parece suficientemente demostrada la existencia en el cerebro de zonas específicas en las que se asienta el lenguaje e, incluso, las últimas investigaciones parecen apuntar a la posibilidad de la existencia en el cerebro de regiones “dedicadas a procesar información tan específica como los sintagmas nominales o las estructuras métricas” (Pinker 1994, 344). Sin embargo, no hay que pensar que a cada una de estas regiones cerebrales que se ocuparía de alguna característica gramatical le corresponda un gen que sería, en última instancia, el responsable de su existencia (Pinker 1994, 352). Teniendo en cuenta esta importante matización, esto es lo que, según Pinker, podríamos decir acerca de los genes de la gramática:

Así llegamos a un punto en el que se puede definir lo que serían los genes de la gramática. Los genes de la gramática podrían definirse como secuencias de ADN que codifi-

---

<sup>33</sup> Pinker se ocupa de esta cuestión en el capítulo 10 de *El instinto del lenguaje*, titulado “Los órganos del lenguaje y los genes de la gramática”.

can proteínas, o desencadenan la transcripción de proteínas, en determinados momentos y lugares del cerebro. Estas proteínas guían, fijan o atraen neuronas hacia aquellos circuitos que, una vez producido el ajuste sináptico que tiene lugar con el aprendizaje, intervienen en la solución de problemas gramaticales, como por ejemplo el de seleccionar su afijo o una palabra (Pinker 1994, 352).

Por tanto, cuando se habla de un “gen del lenguaje” o de un “gen de la gramática” es preciso introducir ajustadas precisiones, si no se quiere caer en apresuradas interpretaciones propias de un periodismo sensacionalista que desvirtúan por completo la cuestión<sup>34</sup>. Así, y pese a lo que le hacen decir algunas de estas interpretaciones, Pinker afirma con claridad que “no hay modo de verificar directamente la existencia de genes gramaticales en los seres humanos” (Pinker 1994, 353). Lo cual no significa que no seamos capaces de atribuir ciertas patologías del lenguaje a causas genéticas. En esta medida, la vinculación entre el lenguaje y los genes sólo se podrá realizar de manera indirecta o negativa: si somos capaces de atribuir a ciertas patologías del lenguaje unas causas que tengan que ver con determinadas alteraciones genéticas, habremos dado el importante paso de demostrar, siquiera negativamente, la referida vinculación. Estas esperadas pruebas empíricas han llegado muy recientemente, y Pinker se hace eco de ellas. Se trata, concretamente, de un estudio que hace referencia a una mutación del gen FOXP2 localizada entre los miembros de una familia (KE), a resultas de la cual algunos individuos presentaban trastornos lingüísticos y gramaticales. Según los investigadores responsables de este estudio, su descubrimiento “sugiere que FOXP2 está involucrado en el proceso de desarrollo que culmina en el habla y el lenguaje” (Lai et al. 2001, 519).

No es correcto, por tanto, hablar de *un* único gen del lenguaje. Así, Pinker subraya que “habría muchos genes para el lenguaje” (Pinker 2003b, 34). Prueba de ello es que la facultad del lenguaje no desaparece por completo en los miembros de la familia KE o en el individuo CS, afectados por la mutación del gen FOXP2. Si este gen fuera el único responsable del lenguaje, esta facultad desaparecería por completo<sup>35</sup>.

<sup>34</sup> El propio Pinker confiesa haber sido víctima de este tipo de periodismo (Cf Pinker 1994, pp. 325-326). Efectivamente, la prensa ha dedicado su atención a los últimos descubrimientos (a los que se alude más tarde) relativos a las bases genéticas del lenguaje. Algunos de los títulos presentados puede dar lugar a malentendidos. He aquí algunos ejemplos: Nicholas Wade, “Language Gene Is Traced to Emergence of Humans”, *The New York Times*, 15-08-2002; Nicholas Wade, “Early Voices: The Leap to Language”, *The New York Times*, 15-07-2003; Justin Gillis, “Gene Mutations Linked to Language Development”, in *The Washington Post*, 14-08-2002; Tim Friend, “Lone gene linked to language skills”, *USA Today*, 14-08-2002; Juan Luis Arsuaga, “El gen del lenguaje”, *El País*, 30-01-2002; Tom Whitfield, “El primer gen del lenguaje acelerará la comprensión de esta habilidad humana”, *El País*, 24-10-2002; Elena Dusi, “Trovato il gene del linguaggio: è il bivio tra scimmia e uomo”, *La Repubblica*, 15-08-2002; Eva Benelli, “Quante parole per un gene di troppo”, *L'Unità*, 15-08-2002.

<sup>35</sup> Según Pinker, esto es confirmado por algunos recientes descubrimientos. Así, en 2002 un estu-



Por su parte, en 2002 un equipo de investigadores publicó un importante artículo relativo a la evolución de FOXP2 (Enard et. al. 2002), que realizaba un estudio comparativo de la presencia de este gen en el hombre, chimpancé, orangutanes y ratones. Descubrieron que

... si bien la proteína FOXP2 es extremadamente conservada entre los mamíferos, ella experimenta dos cambios de aminoácidos en el linaje humano, uno de los cuales al menos puede tener consecuencias funcionales. Éste es –señalan– un intrigante descubrimiento, porque FOXP2 es el primer gen conocido que está implicado en el desarrollo del habla y del lenguaje (Enard et. al. 2002, pp. 869-870).

Estos dos cambios de aminoácidos se encontraban en los cromosomas de todos los seres humanos examinados, por lo que se puede afirmar que estas variaciones se encuentran fijadas entre los miembros de nuestra especie o que, en otros términos, son una característica específica del *homo sapiens*.

Según los autores, el gen FOXP2 habría sido, pues, “el objetivo de la selección durante la reciente evolución humana” (Enard et al. 2002, 869). Estiman, en base a una serie de cálculos, que esta fijación de la variante de FOXP2 ocurrió “durante los últimos 200.000 años de historia humana” (Enard et al. 2002, 871), lo cual concuerda con los cálculos establecidos a propósito de la emergencia de los seres humanos “anatómicamente modernos”.

## 5. Conclusión: *lógos* y singularidad humana

Aunque todavía estemos lejos de tener un conocimiento exhaustivo de las bases genéticas del lenguaje, hay motivos para ser optimistas ante el hecho de que el largo y difícil camino que conduce del gen al lenguaje está empezando a ser comprendido y de que, por lo menos, hay una promesa de encontrar un vínculo entre el punto de partida (el gen) y el de llegada (el lenguaje).

Muy probablemente habrá quien se sienta decepcionado (y, por consiguiente, proteste enérgicamente) ante la posibilidad de que el *lógos* (el instrumento del que nos valemos, entre otras cosas, para filosofar) pueda ser puesto en relación, en cuanto a su surgimiento y a su mecanismo de funcionamiento, con el gen, es decir, con ese elemento compartido por todos los seres vivos sin excepción. Ahora bien, esta

---

dio realizado por un equipo de científicos agrupados en el llamado “SLI Consortium” permitió establecer más firmemente la naturaleza poligénica del lenguaje, cuando “descubrieron dos nuevos *loci* (distintos de FOXP2) que están altamente asociados con SLI [trastornos específicos del lenguaje], pero no asociados con una baja inteligencia no lingüística. Aún más, los dos *loci* estaban asociados con diferentes aspectos de trastornos del lenguaje, uno con la habilidad para repetir no palabras [*non-words*], el otro con el lenguaje expresivo, subrayando aún más la complejidad genética del lenguaje” (Pinker 2003a, 35).

decepción no causa extrañeza a quien reconoce que la historia de la humanidad está plagada de ejemplos que muestran las decepciones que experimenta el hombre al comprobar que las expectativas para merecer una explicación de favor en virtud de su posición especial en el cosmos no se ven satisfechas. Esta hipotética decepción no sería sino el último (por el momento) capítulo de una larga historia de decepciones, que habría podido ser evitada si el hombre se hubiera esforzado en aplicar esa virtud a la que aludía Nietzsche: la modestia.

No se trata, claro está, de reducir por completo el *lógos* al gen, sino de mostrar que sin gen no hay *lógos*; que el gen es un agente necesario para la aparición del *lógos*; que el gen es probablemente uno de los responsables de la constitución de las estructuras cerebrales especializadas en el lenguaje (Cf. Marcus 2004). Si la filosofía admite la plausibilidad de este camino habrá aportado su contribución para derribar otra barrera más que el hombre había construido para separarse del resto de la naturaleza. Y ello no menoscaba en nada la dignidad del hombre. Éste no es ni más ni menos digno por el hecho de que se demuestre que el lenguaje es también fruto del mecanismo universal de la selección natural. Así como a nadie se le ocurre vincular la dignidad del hombre con el hecho de que tenga un corazón, un hígado o dos ojos, tampoco hay razones para pensar que el origen natural de ese órgano que constituye su especificidad vaya a menoscabar esa dignidad. Al final de la reconstrucción del camino que conduce del gen al lenguaje se reconoce que éste tiene una larga historia. El *lógos* no es un intemporal reino de esencias inmutables, sino un avatar más de una historia que estamos empezando a comprender. Su presencia en la naturaleza no es ni necesaria, ni eterna, sino fruto del azar. Está, pues, fuera de lugar atribuirle esas características propias de la divinidad y que fueron recuperadas por la tradición metafísica. El que el *lógos* sea el elemento que constituye la singularidad del hombre no es sino la confirmación de esa ley general de la naturaleza que dice que todas las especies vivas presentan singularidades (si no, no habría la posibilidad de establecer diferencias entre ellas), y que estas singularidades tienen una base genética. En esto, el hombre no difiere de los demás animales. Por tanto (lo que tal vez resulte paradójico para algunos), la razón humana (el elemento singular del hombre), en el examen de sí misma, adopta una actitud modesta y no se concede ningún privilegio, ni ontológico ni epistemológico: el *lógos* es lo que constituye la singularidad de una especie que comparte con el resto de las especies animales la posesión de una singularidad. En esta medida, el *lógos* es precisamente la marca de la animalidad del hombre y, por tanto, lo que nos une a los animales, no lo que nos separa de ellos. El que seamos capaces de considerar al *lógos* bajo el prisma del gen es un paso más hacia la naturalización del hombre y, por ende, hacia la constitución de una antropología liberada de presupuestos metafísicos y de prejuicios antropo- (o racio-) céntricos.

Tras Darwin, uno de los papeles que compete a la filosofía es contribuir a reti-

rar esos obstáculos que impiden reconstruir el camino que va del gen al lenguaje. Al realizar esta tarea, la filosofía constata la relevancia del hecho de que en la historia que conduce al lenguaje nos topamos con el gen. Y este hecho debería ser tenido muy presente no tan sólo por lo que se refiere a las consideraciones que la filosofía realiza en torno al lenguaje, tomado como uno de los objetos de su investigación. Dando un salto que quizás algunos consideren arriesgado o difícil de asumir, la filosofía debería también tener en cuenta el hecho de que el lenguaje es ese instrumento del que se sirve para ejercer su propia actividad. No parece, en efecto, descabellado afirmar que sin lenguaje no hay filosofía, en la medida en que la filosofía pasa necesariamente por la mediación del lenguaje. Pues bien, si el lenguaje es el vehículo del que se sirve el filósofo para expresar sus pensamientos, no es baladí que, al menos, mire de reojo la cuestión de los orígenes del lenguaje y que, de esta manera, considere su actividad como la propia de un animal dotado de una herramienta (única en la naturaleza, ciertamente, pero, a la postre, una herramienta) llamada lenguaje. Quizás así el filósofo evite caer en la tentación de colocar al hombre en la cúspide de una jerarquía construida en base al criterio de la presunta mayor dignidad de la facultad específica (el lenguaje) con la que realiza su tarea. Si se admite que el lenguaje surgió como una herramienta que contribuyó decisivamente a la supervivencia de la especie *homo sapiens*, no hay ninguna razón para colocar a esta herramienta en ningún lugar especial. Más bien el filósofo debería tener siempre muy presente el hecho de que el lenguaje es también un resultado del mecanismo de la selección natural.

La cuestión que queda abierta es la de saber si la herramienta del lenguaje (o, más en general, si esa herramienta que es la mente humana), que surgió para resolver problemas relativos a la supervivencia de una especie (por tanto, una herramienta estructuralmente limitada en su alcance) es capaz de superar estas limitaciones o si, en general, es capaz de superar cualquier limitación. Algunos autores (como Chomsky<sup>36</sup>, McGinn<sup>37</sup> o Pinker<sup>38</sup>) afirman que no; otros, como Dennett<sup>39</sup>, parecen

---

<sup>36</sup> “Suponemos que los seres humanos son una parte del mundo natural. Claramente, tienen la capacidad de resolver algunos problemas. Pero carecen de la capacidad de resolver otros problemas que resultarán demasiado difíciles para ellos dadas las limitaciones de tiempo, memoria, etc., o que se situarán en principio más allá del alcance de su inteligencia” (Chomsky 1989, 149).

<sup>37</sup> Según McGinn, el intelecto humano posee “inherentes limitaciones estructurales: la razón no está construida para ser sensible a la verdad filosófica”. El conocimiento filosófico es tan difícil de obtener porque “intentamos forzar nuestras facultades cognitivas para producir un conocimiento de fenómenos cuya naturaleza no puede ser comprendida por esas facultades” (McGinn 1993, 150).

<sup>38</sup> “Tal vez los problemas filosóficos son difíciles no porque sean de esencia divina o irreductibles o absurdos o ciencia ordinaria, sino porque la mente del *Homo sapiens* carece del equipo cognitivo para resolverlos” (Pinker 2000, 715).

<sup>39</sup> Según Dennett (1999, pp. 629-sq), algunos problemas serían irresolubles para la mente humana simplemente porque la especie *homo sapiens* desaparecerá de la faz del universo antes de que pueda resolverlos, pero no porque existiera una “limitación debida a la debilidad de nuestros cerebros animales” (*Ibid.*, 633).

indicar que sí. Independientemente de cuál de las dos posiciones sea la correcta, lo relevante es que la respuesta a la cuestión de los límites de la mente humana para resolver problemas puede encontrar un anclaje en la naturaleza, siendo ya, por tanto, poco plausibles las explicaciones provenientes de especulaciones que desprecian por completo todo contacto con la *physis*. Ahora es posible examinar algunos aspectos de los límites de esa facultad u órgano que es la mente humana en función de sus condicionamientos biológicos, es decir, utilizando el mismo criterio con el que se habría abordado la cuestión de las limitaciones de otros órganos, humanos o no. El viejo problema kantiano consistente en plantear la cuestión de los límites de la razón humana (y que ahora es bautizado con el nuevo nombre de “cierre cognitivo”) se vuelve a suscitar, sólo que ahora, 200 años después de la muerte de Kant, disponemos de algunos elementos de los que carecía el filósofo de Königsberg para abordar esta cuestión. La filosofía no puede cerrar los ojos ante estas nuevas oportunidades que se le brindan para intentar responder a los problemas abiertos por ella misma.

### Referencias bibliográficas

- ANDLER, Charles (1958): *Nietzsche, sa vie et sa pensée*, Paris, Gallimard.
- CHOMSKY, Noam (1979): *Reflexiones sobre el lenguaje*, Barcelona, Ariel.
- CHOMSKY, Noam (1989): *El lenguaje y los problemas del conocimiento. Conferencias de Managua I*, Madrid, Visor.
- DAMASIO, A.R. (1994): *Descartes' error: Emotion, reason, and the human brain*, Nueva York, Putnam.
- DAMASIO, A.R. (2003): *Looking for Spinoza. Joy, Sorrow, and the Feeling Brain*, New York, Harcourt.
- DAWKINS, Richard (1986): *The Blind Watchmaker*, London, Longmans.
- DAWKINS, Richard (2004): *The Ancestor's Tale. A Pilgrimage to the Dawn of Life*, London, Orion Books.
- DENNETT, Daniel (1999): *La peligrosa idea de Darwin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- ENARD et. al. (2002): “Molecular evolution of FOXP2, a gene involved in speech and language”, *Nature*, 418, 22 Agosto 2002, pp. 869-872.
- GALPARSORO, José Ignacio (1995): “La volonté de puissance chez Nietzsche. Tentative d'une explication naturaliste du monde”, *Les Études philosophique*, 4, pp. 457-480.
- GALPARSORO, José Ignacio (2001): “El problema de la conciencia y sus implicaciones antropológicas en la crítica nietzscheana a Descartes”, *Revista de Filosofía*, 26, pp. 187-211.

- HAAS, Ludwig (1932): *Der Darwinismus bei Nietzsche*, Gießen.
- HAUSER, Marc D., Chomsky, Noam & Tecumseh Fitch, W. (2002): “The Faculty of Language: What Is It, Who Has It, and How Did It Evolve?”, *Science*, vol. 298, 22 Noviembre 2002,
- HENKE, D. (1984): “Nietzsches Darwinismuskritik aus der Sicht gegenwärtiger Evolutionsforschung”, in *Nietzsche-Studien*, 13 (1984), 189-210.
- LAI, Cecilia S. L. et al. (2001): “A forkhead-domain gene is mutated in a severe speech and language disorder”, *Nature*, 413 (4 Octubre 2001).
- MARCUS, Gary (2004): *The Birth of the Mind: How a Tiny Number of Genes Creates the Complexities of Human Thought*, New York, Basic Books.
- MCGINN, Colin (1993): *Problems in Philosophy. The Limits of Inquiry*, Oxford-Cambridge (Mass.), Blackwell.
- NIETZSCHE, Friedrich (1967-1977): *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe*, Walter de Gruyter, Berlin/New York.
- PINKER, Steven (1994): *El instinto del lenguaje. Cómo crea el lenguaje la mente*, Madrid, Alianza.
- PINKER, Steven (2000): *Cómo funciona la mente*, Barcelona, Destino,
- PINKER, Steven (2003a): “Language as an Adaptation to the Cognitive Niche”, in M: Christiansen & S. Kirby (eds.), *Language evolution: States of the Art*, New York, Oxford University Press, pp. 16-37.
- PINKER, Steven (2003b): *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona, Paidós.
- PLATÓN, *Fedón*.
- RICHTER, Claire (1911): *Nietzsche et les théories biologiques contemporaines*, Paris, Mercure de France.
- RYLE, Gilbert (1949): *The concept of mind*, Londres, Peguin.
- SMITH, C.U.M. (1987): “‘Clever Beast Who Invented Knowing’: Nietzsche’s Evolutionary Biology of Knowledge”, in *Biology & Philosophy*, 2 (1987), 65-91.
- STEGMAIER, Werner (1987): “Darwin, Darwinismus, Nietzsche. Zum Problem der Evolution”, in *Nietzsche-Studien*, 16 (1987), 264-287.
- STIEGLER, Barbara (2001): *Nietzsche et la biologie*, Paris, PUF.

José Ignacio Galparsoro  
 Departamento de Filosofía UPV/EHU  
 joseignacio.galparsoro@ehu.es